



Centenario de las Salesas en Salamanca

Celebramos esta Eucaristía de Acción de Gracias en el centenario del Monasterio de las Salesas en Salamanca y cuarto centenario de la fundación de la Orden de la Visitación de Santa María, que tuvo lugar en el año 1610 por obra de San Francisco de Sales (1567-1622), Obispo de Ginebra, y de Santa Juana Francisca Frémyot de Chantal (1572-1641).

El Obispo Francisco de Sales, decidido impulsor de la verdadera reforma católica de la Iglesia, ante la confusión creada por la reforma protestante, gozaba ya de fama de santo cuando en el año 1604 conoció a la baronesa Juana Francisca Frémyot de Chantal, joven viuda, espiritualmente madura y con anhelos de perfección evangélica, que solicitó la dirección espiritual de Francisco de Sales. La correspondencia espiritual entre ambos será modelo de doctrina y práctica de exhortación a la perfección cristiana.

San Francisco de Sales está reconocido como doctor de la Iglesia desde el año 1877 por la elevada doctrina contenida en sus obras *“Introducción a la vida devota”*, para la instrucción cristiana de los laicos, y en el *“Tratado del amor de Dios”*.

Frente a los planteamientos teológicos preocupados en su tiempo por el problema de la predestinación a la salvación y muy centrados en aclarar la relación entre las ayudas de la gracia y las decisiones de la libertad humana, Francisco de Sales ha puesto como eje de su doctrina teológica y espiritual el amor de Dios hacia todos y el amor del hombre hacia Dios. Entiende la devoción como amor afectuoso e intenso hacia Dios, que no debe ser considerado como exclusivo de los ascetas y los místicos o de los pertenecientes a las órdenes religiosas, sino como vocación de todos a la perfección, realizable en cualquier estado de vida en el mundo, en correspondencia al plan salvador de Dios.

Bajo la dirección de Francisco de Sales el itinerario espiritual de la baronesa de Chantal tiene como primer paso importante su traslado a Annecy, en 1610, para constituir una nueva comunidad religiosa femenina. Francisco de Sales desea que la nueva Orden pueda acoger también a viudas y a muchachas con una complexión física más débil, pero deseosas de poder ascender a la perfección cristiana en la vida consagrada. Y juzgó en principio más conveniente que el nuevo monasterio no fuera de clausura. De hecho, Francisco de Sales quería que a la práctica espiritual contemplativa se añadieran, en la medida de lo posible, las obras de misericordia con la visita a los enfermos y a los pobres.

El naciente instituto fue llamado en un primer momento, de Santa Marta, después de la «Visitación de Nuestra Señora» y, por fin, tomó el nombre de «Visitación de Santa María».



Carlos López Hernández

Después de un tiempo, por influencia del arzobispo de Lyon, Francisco de Sales decidió introducir la clausura y configuró la Orden de la Visitación como un instituto dedicado a la oración contemplativa, caracterizado por la moderación disciplinar y empapado en el humanismo de su fundador. Así configurada, la Orden de la Visitación fue aprobada como orden religiosa por el Papa el día 23 de abril de 1618.

Juana Francisca Frémyot de Chantal había nacido en Dijon el 23 de enero de 1572. Su padre fue magistrado y Presidente del Parlamento de Borgoña. A los 20 años, Juana Francisca fue dada en matrimonio al barón de Chantal, del cual nacieron seis hijos. El barón vivió la mayor parte del tiempo en la corte y Juana Francisca hubo de ocuparse en la administración del patrimonio, mostrando dotes de organización que después confirmaría en la administración de los Monasterios de la Visitación.

Tras la muerte del marido, ocurrida en 1601, Juana impuso a la dirección de la casa la modestia y sobriedad propias de su condición de viuda, redujo el número de servidores y dedicó su tiempo a la oración, a la lectura de libros devotos y a las buenas obras; después del primer año de luto, además del cuidado de sus hijos y de la tutela del patrimonio, hubo de atender a su suegro, el anciano barón de Chantal, que quiso tenerla a su lado con sus cuatro hijos vivos en su castillo familiar. Juana permaneció allí más de siete años, en una condición de “aflicción” creciente debida al dolor por la pérdida del marido, pero también por no poder dar cauce a un «ardiente» deseo de Dios, que como dirá ella misma “me consumía y devoraba por dentro”. Hubiera querido huir al desierto, para responder «más enteramente y con más perfección» a la “atracción” de Dios, pero se oponía a ello “la obligación de conciencia” hacia sus cuatro hijos pequeños. Deseaba conocer la voluntad de Dios y seguirla, pero no tenía a nadie que pudiera orientarla.

Durante la cuaresma de 1604, en Dijon, se produjo el encuentro con Francisco de Sales. En el coloquio espiritual con Francisco de Sales, Juana aprendió aquella libertad interior de comunicación, cuyo modelo era Teresa de Ávila. Juana se esforzaba por vivir santamente la condición de viuda, según las enseñanzas de Francisco de Sales, pero no acababa de encontrar la paz del corazón. Durante sus visitas a Dijon Juana frecuentaba el convento de las carmelitas, uno de los primeros fundados en Francia (1605), y aquí encontró confirmación a aquellas formas elevadas de contemplación que practicaba desde hacía tiempo.

Francisco de Sales desconfiaba de los deseos de unión mística sin el apoyo de una sólida vida de virtud. Pero era también un lector atento de Teresa de Ávila, y sentía atracción por las enseñanzas que Juana recibía en el Carmelo de Dijon. Cuando asumió tomó la guía espiritual de Juana, estaba escribiendo la “Introducción a la vida devota”.

En 1607 Francisco de Sales reveló a Juana el proyecto que llevaba pensando hacía tiempo: crear juntos un nuevo modelo de comunidad religiosa, la Visitación, de rasgos fuertemente originales respecto a las antiguas órdenes. Una pequeña congregación de mujeres, que viven juntas sin clausura, sin votos solemnes, sin excesivas asperezas



Carlos López Hernández

corporales y con sencillas constituciones; un “dulce asilo” donde incluso las enfermas y las más débiles por constitución física o por edad pudieran ser acogidas y “dedicarse a la perfección del divino amor”; por ejemplo, las viudas, que por la custodia de sus hijos estuvieran todavía atadas a intereses temporales, y las mujeres que aun viviendo en el mundo desearan recibir instrucciones para “vivir santamente”, y para quienes la Visitación podría ser un refugio siempre disponible y un lugar de retiro. El fundamento de la Orden de la Visitación era “la vida interior”; su práctica eran las pequeñas virtudes cotidianas y la oración, que conducía por los caminos del amor divino y de la unión mística. Este modelo originario de vida activa y contemplativa sería cambiado después en vida religiosa de clausura y sólo contemplativa.

Según Juana Francisca, la “santa simplicidad” y la vida inspirada en la “libertad del espíritu” debía ser la práctica de la perfección del nuevo instituto. En los ejercicios espirituales de pentecostés de 1616, Juana había entrado en la vía del despojamiento interior, que tenía por fin la desnudez espiritual, término del recorrido iniciado con Francisco de Sales en busca del “amor puro” de Dios: este recorrido también comportaba el desapego de Francisco de Sales, aceptado con asentimiento y con coraje, pero también con profundo dolor.

A la muerte de Juana Francisca, ocurrida en 1641 a la edad de setenta años, la Orden de la Visitación tenía 87 monasterios, sometidos a la autoridad de los obispos locales y unidos al Monasterio primero de Annecy por vínculos de caridad, como había deseado Francisco de Sales. Juana de Chantal fue beatificada el año 1751 y canonizada en 1767.

Esta historia brevemente recordada de los orígenes de la Orden de la Visitación tiene su inicio en la experiencia espiritual y en el celo apostólico de dos santos llenos del amor de Dios, al que permanecieron fieles en medio de numerosas contrariedades y sufrimientos de toda índole: pastorales, familiares y espirituales.

Y hacemos memoria agradecida de esta historia particular en el marco de la Solemnidad del Corpus Christi, que nos introduce en el inefable misterio de la Eucaristía, perpetuación sacramental del sacrificio redentor de Cristo en la Cruz y presencia real permanente de su Cuerpo y Sangre, Pan de Vida y bebida de salvación. Por ello, la Eucaristía es el sacramento del amor de Dios y fuente del amor que tiene su origen en Cristo. En esta fuente han bebido el amor de Dios y el amor hacia los hermanos Francisco de Sales y Juana Francisca Frémyot de Chantal.

La Solemnidad del “**Corpus Christi**” nos alerta hoy ante el peligro de convertir la Eucaristía en una rutina diaria o semanal. Este ritmo periódico es necesario para que nuestra vida cristiana tenga forma eucarística y se haga realidad en nosotros la palabra del Señor: “*El que me come vivirá por mí*” (Jn 6,57). Pero la costumbre no debe llevarnos a perder la admiración ante tan inefable misterio, ni menos todavía a que nuestro corazón deje de sentirse afectado y llamado a la intensa adoración del sacramento, que contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida. Cuando celebramos la Eucaristía el día del Corpus y



Carlos López Hernández

adoramos el sacramento del Cuerpo de Cristo, en la procesión por las calles de Salamanca, debiéramos sentir la misma emoción, admiración y devoción que embargó el corazón de los apóstoles ante los gestos y palabras del Señor durante la Cena de Pascua. ¡Qué distinto sería el fruto de las celebraciones de la Eucaristía, si nos preparásemos en silencio, afectando el corazón con el misterio de amor y de vida que vamos a celebrar!

Para alcanzar esta afectación espiritual es necesaria la oración y también la formación. Por ello, os recomiendo la lectura de la exhortación “**Sacramentum Caritatis**”, “**Sacramento de la Caridad**”, de Benedicto XVI, sobre la Eucaristía. Sería un fruto muy enriquecedor de esta fiesta del Corpus.

La Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre y el amor más grande, que a él mismo le ha impulsado a dar la vida por los amigos (cf. Jn 15,13); un amor hasta el extremo (Jn 13,1). Jesús nos enseña en la Eucaristía la **verdad del amor**, que es la esencia misma de Dios. Por ello, en la Eucaristía se alimenta de modo particular la fe de la Iglesia; en ella, la Iglesia renace siempre de nuevo. El pan que partimos y el cáliz que bendecimos nos hacen entrar en comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Todos **los que comemos del único pan y bebemos del mismo cáliz formamos un solo cuerpo** (1 Co 10, 16-17).. Y cuanto más viva es la fe eucarística de los fieles, más profunda es su participación en la vida y misión de la Iglesia, a través de la adhesión consciente a la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos.

La Eucaristía es la fuente del amor con el que Cristo nos ha amado. En la comunión del Cuerpo de Cristo hemos de encontrar la capacidad de amar de la misma manera a los hermanos, según el mandato del Señor.

En la comunión eucarística con Cristo, el sacerdote y cada fiel cristiano es constituido testigo de la caridad social y también de la caridad evangelizadora y sacrificial. Es decir, lo mismo que Jesús, estamos urgidos por el amor de Dios a compartir los bienes con los pobres, a anunciar el evangelio de la salvación y a entregar nuestra vida para el perdón de los pecados de los hermanos. Estas dimensiones de la caridad cristiana están tan profundamente relacionadas que no pueden separarse sin pervertir su significado. Por la unión inseparable entre ellas, el amor a los hermanos es signo del amor a Dios y señal por la que conocerán que somos discípulos de Jesucristo. Por la misma razón, la caridad es un elemento esencial de la misión evangelizadora de la Iglesia, si bien sólo hay evangelización cuando se anuncia explícitamente el nombre y la salvación de Jesucristo.

Por ello, la fiesta del Corpus Christi es en la Iglesia en España el **Día de Caridad, de la caridad social**, que lleva consigo la colecta anual a favor de **Cáritas**.

Como San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Frémyot de Chantal, y como San Juan María Vianney, estamos llamados todos al cuidado de los pobres, a anunciar la



Carlos López Hernández

conversión al amor de Dios y a cargar sobre nosotros con misericordia las consecuencias de los pecados de los hombres. Este es el sacrificio de nuestra existencia que hoy debemos ofrecer unidos a Cristo.